

TRINCHERA POLITICA

EL CONGRESO NACIONAL DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Jaime Castillo Velasco.

Lo Que No Debe Ser

Digamos, en primer término, lo que, a nuestro juicio, el próximo Congreso Nacional de nuestro Partido, *no debe ser*.

Primero: no ha de ser un Congreso de índole doctrinaria.

A la altura en que nos encontramos, la Democracia Cristiana es un movimiento doctrinariamente definido y con perfiles bien acusados.

Hemos hecho una larga tarea en ese terreno. No somos capitalistas ni colectivistas. Hemos formulado un pensamiento que supera ambas posiciones tradicionales y que tiende a realizar la aspiración de una sociedad orgánica y pluralista. Desde el punto de vista político, la llamamos una democracia integral. Desde el ángulo social, la llamamos concepción comunitaria. Ella está en vínculo directo con la noción básica de la filosofía cristiana: la de persona. Si el hombre es persona, la sociedad en que viva ha de ser comunitaria para realizar plenamente su naturaleza racional y moral.

Todas estas materias pueden ser desarrolladas, explicadas y difundidas. Pero, no están en discusión. Algunos, desde fuera del Partido, pretenden convertir este Congreso en una

pugna doctrinaria. Es decir, nos impulsan a una querella interna sobre los fundamentos mismos de nuestra doctrina. El objetivo político de tal influencia es sacar la conclusión de que estamos divididos hasta en la raíz de nuestras aspiraciones. Otros, dentro del Partido, insisten en el mismo punto y plantean la necesidad de un esclarecimiento doctrinario sobre el comunitarismo.

Nosotros repetimos: discutir esta cuestión, como problema que necesitara definición, es lo mismo que preguntarnos, después de tomar el poder, si somos o no democratacristianos. No nos dejemos llevar por ese camino. Es evidente que nuestra doctrina necesita precisiones, esclarecimientos y explicaciones. El encuentro de la doctrina y la experiencia nos da luces y, al mismo tiempo, nos obliga a rectificar conceptos. Pero, de ninguna manera pone en duda el sentido esencial de nuestra posición. Estimulemos, a partir de este Congreso, el análisis de la doctrina comunitaria, resolvamos las diferencias y tomemos las medidas del caso, pero no hagamos de un punto doctrinario el tema básico del próximo Congreso.

Una palabra más; algunos camaradas, están poniendo un énfasis excesivo en el empleo de la fórmula "socialismo comunitario" como opuesto a la de "comunitarismo". Otros piensan que esto revela una grave escisión doctrinaria. No hay nada de eso. Los que hablan de "socialismo comunitario" quieren decir lo mismo que los que usan el vocablo "comunitarismo", pues ambos se refieren a una sociedad orgánica, fundada en una trama de comunidades o asociaciones, en la cual el interés de la sociedad entera prima sobre cualquiera otro y en que los otros valores éticos de la libertad, la igualdad y la solidaridad entre compañeros, son vividos plenamente. Pero, es verdad, nos parece que hay inconveniencia y falta de razones para utilizar un término que quita fuerza a nuestras posiciones y nos pone a la sombra de una noción tan discutida y ambigua como es hoy la de socialismo. Digamos pura y simplemente *comunitarismo* y terminemos, al menos en los documentos oficiales, con una querella de palabras.

Segundo: El Congreso no ha de ser tampoco polémico.

La polémica destruye el avance del pensamiento común. Algunos camaradas creen que plantear debates y analizar erro-

res es una tarea vinculada al espíritu polémico. No lo pensamos así. Se trata, por el contrario, de partir de los hechos (errores o aciertos), aprender de ellos, sacar las consecuencias aleccionadoras y pensar las maneras concretas e inmediatas de dar solución a las dificultades. Eso no requiere ni un solo incidente, ni una sola voz airada. Aquellos que sean autores de los hechos discutidos deben tener el mismo espíritu de análisis de los demás. Para todos la norma ha de consistir en asegurar el progreso en la etapa siguiente, pero no en la defensa o demolición de la tarea cumplida.

Esto mismo nos lleva a otro punto importante: el de la perniciosa tendencia a aplicar casilleros ideológicos a todo lo que hacemos. Algunos militantes, por ejemplo, están formulando enfoques en cuya virtud la obra realizada por el Gobierno es neocapitalismo. Esta manera de expresarse nos parece arbitraria, teorizante y dogmática. En efecto, el sentido final de dicha labor no puede ser descifrado por un mero corte vertical de lo que hasta el presente se ha conseguido. Nadie ignora que los métodos democráticos obligan a mantener la estructura formal de nuestro sistema social. Estamos cambiando las cosas, pero desde dentro. Ello no aparece de manera ostensible. Además necesitamos todavía poner en juego factores económicos tradicionales. Eso significa que estos deben laborar en una base estable. Solamente, la maduración de la nueva experiencia permitirá que ella misma haga surgir los cambios futuros.

Por cierto, debemos analizar los hechos, tener una visión de ellos, proceder con una directriz. Pero, en ningún caso, parece útil vivir en torno a casilleros hechos que no ayudan a entender la realidad y, en cambio, nos llevan a una polémica interminable sobre fórmulas, a veces convertidas en consignas.

Para nuestro análisis, necesitamos una sola cosa: saber que hemos hecho *algo*. De este "algo" partiremos para añadir el resto de nuestro programa. Quienes piensan que hasta ahora no se ha hecho nada, como proceso de revolución, deben, a nuestro juicio, permitir que se jueguen a fondo las cartas dentro de las condiciones dadas. No pueden plantear la sustitución del programa de 1964 por otro; ni tampoco detener el curso de los hechos a través de una esquematización ideológica que prejuzga sobre aquellos.

Tercero: El Congreso tampoco debe estar orientado hacia una lucha de fracciones y hacia una propaganda en torno a futuros dirigentes.

Estamos absolutamente convencidos de que, una vez más, los adversarios han influido sobre nuestros militantes a propósito de esta materia. Hemos podido advertir cómo quienes más fingen despreciarnos han estado ocupados de dar a conocer los diversos planteamientos, especialmente las diferencias. Por esa vía, el Congreso corre el peligro de transformarse en un mero escenario para las candidaturas a la Presidencia del Partido. Los delegados llegarían allí solo a preparar el terreno para lograr una victoria interna. Pero, a nuestro juicio, eso no tiene sentido. Este Congreso se hace para otra cosa: la lucha de sectores o fracciones, para "tomar el poder" dentro del Partido, sería un acto de suicidio. Con razón, los camaradas que fueron postulados a candidatos a la presidencia de aquel abandonaron la polémica iniciada. En verdad, dichas candidaturas no son anteriores al Congreso, sino posteriores. Deberán surgir cuando se decida la línea por seguir. Entonces será posible buscar las personalidades que más se adapten a ellas. Para todos nosotros, la frase "ganar el Congreso" ha de tener un solo significado: unir y fortalecer el Partido y a su Gobierno.

Lo Que Debe Ser

Veamos ahora lo que el Congreso debe ser. Lo dicho nos lo indica con claridad.

1º—Un Congreso Programático.

Se trata, a nuestro juicio, de tener un torneo *programático*. En efecto, el II Congreso Nacional se verifica a casi dos años de estar el Partido en el poder. Su tarea esencial es la de gobernar. Debe prepararse mejor para ello y fijar las tareas que han de cumplirse en el período correspondiente, es-

to es, hasta el término del Gobierno del Presidente Frei. Eso es todo. Y por cierto, es mucho. La vía de un desarrollo social no capitalista, en las condiciones de la sociedad capitalista de 1966, debe quedar configurada en sus líneas esenciales. Tal perspectiva, en nuestro entender, no es solo la posición del Partido, sino también del Gobierno. La clave del éxito se halla en que los militantes que trabajen en el Partido y los que estén en el Gobierno se sientan igualmente comprometidos en los acuerdos adoptados. Porque, en definitiva, el Congreso es para decidir, no para hablar. La decisión, por otra parte, es acción conjunta, reflexiva y concreta. Ella se referirá a la línea esencial y al significado de la marcha a seguir. No debe haber dudas sobre ello. Y esta falta de dudas se refiere a todos: el que carezca de fe en las resoluciones adoptadas, se halle en el Partido o en el Gobierno, tiene el deber moral de permitir que las tesis se jueguen hasta sus últimas consecuencias.

Creemos que lo dicho hace posible la solución de otro falso problema. Algunos camaradas discuten sobre la autoridad máxima en el proceso de la revolución en libertad. Las opiniones entre ellos están divididas: unos piensan que el Partido debe primar sobre el Gobierno; otros al revés. Unos deducen de allí una discusión sobre si esta revolución ha de tener o no un jefe y el problema se ha transformado en polémica. Nosotros vemos las cosas de la manera que sigue:

El movimiento democratacristiano tiene principios doctrinarios y un programa gubernativo que cumplir. Esta es la base común, tanto para el Gobierno como para el Partido. Ni este debe alterar el programa ni aquel desoír las exigencias doctrinarias.

2º—Para fijar las metas de los próximos años.

Esta base común debe ser adecuada al hecho que el Partido está ahora en el Gobierno. Las relaciones entre el aparato gubernativo y el aparato partidario han de mantenerse en forma muy estrecha y constante. Pero no cabe duda de que la *ejecución* misma de la tarea corresponde *más* al Gobierno que al Partido. La responsabilidad oficial es de aquel.

En consecuencia el Partido no sustituye al Gobierno en las cosas de éste, pero, en cambio, lo inspira. Son hombres del Partido los que ejecutan la función de gobernar.

Sin embargo, la tarea democratacristiana sobrepasa el período del actual Gobierno. Este, sin duda, sabe que debe resguardar el futuro, pero necesita pensar su labor presente casi como si ella fuese la realización completa del ideal, a fin de que tenga verdadera eficacia. Por eso la necesidad de avizorar el futuro, de dejar libre la perspectiva hacia adelante corresponde *más* al Partido que al Gobierno.

Los militantes que trabajen en este último no deben pensar que su labor está amagada por el hecho de que el Partido lo sobrepase en el planteamiento de metas futuras o en la crítica de la situación presente.

De este modo, nos parece, el entendimiento recíproco entre Partido y Gobierno pasa por diversas fases que permitirán entender mejor el, sin duda, delicado problema de las relaciones entre uno y otro.

Lo anterior no agota ni de lejos los asuntos de este gran Congreso de nuestro Partido. Nos parece, sin embargo, que su carácter puede parecer claro: es un torneo programático, constructivo, que asegura la tarea iniciada, la prolonga y la rectifica, fija las metas de los próximos cuatro años y esboza la perspectiva posterior. De paso acrecienta la madurez de los militantes y desarrolla profundamente la camaradería interna. Solamente en este caso tendrá sentido. Estamos seguros de que así ocurrirá.